

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

PRIMER PERIODO ORDINARIO DE LA XLIII LEGISLATURA

42ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL DOCTOR GONZALO AGUIRRE RAMIREZ
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA EL TITULAR DOCTOR JUAN HARAN URIOSTE Y EL PROSECRETARIO SEÑOR DARDO ORTIZ ALONSO

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 8 de agosto de 1990.

La CAMARA DE SENADORES se reunirá en sesión extraordinaria -a solicitud de varios señores senadores- mañana jueves 9, a la hora 17, a fin de rendir homenaje al ex integrante del Cuerpo don Enrique Rodríguez.

LOS SECRETARIOS".

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores **Abreu, Arana, Araújo, Astori, Batalla, Blanco, Bouza, Brause, Bruera, Cadenas Boix, Cassina, Cigliuti, de Posadas Montero, Gargano, Jude, Korzeniak, Millor, Pereyra, Pérez, Raffo, Ricaldoni, Santoro, Silveira Zavala, Singlet** y **Zumarán**.

FALTAN: con aviso, los señores senadores **Belvisi, González Modernell, Irurtia, Posadas** y **Urioste**.

3) SOLICITUD DE SESION

SEÑOR PRESIDENTE. - Habiendo número, está abierto el acto.

(Es la hora 17)

-Dése cuenta de una solicitud de sesión.

(Se da de la siguiente:)

-Varios señores senadores solicitan se cite el Cuerpo, a fin de considerar el asunto que en el mismo pedido se menciona".

-Léase.

(Se lee:)

"Montevideo, 8 de agosto de 1990.

Sr. Presidente de la
Cámara de Senadores
Dr. Gonzalo Aguirre Ramírez
Presente

De nuestra consideración:

Los senadores abajo firmantes solicitamos, según la facultad que nos confiere el Reglamento de la Cámara de Senadores, se reúna al Cuerpo en forma extraordinaria para el próximo jueves 9 de agosto del presente, a las 17:00 horas, a los efectos de rendir homenaje al ex integrante del Cuerpo, senador Enrique Rodríguez.

Sin otro motivo, saludamos a Ud.

Pérez, Santoro, Gargano, Batalla, Araújo, Cassina, Bruera, Zumarán, Arana, Astori, Singlet, Korzeniak, Bouza, Millor, Belvisi, Ricaldoni. Senadores".

SEÑOR PRESIDENTE. - Se va a votar si el Cuerpo desea celebrar la sesión extraordinaria.

(Se vota:)

-18 en 18. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

4) ASUNTOS ENTRADOS

SEÑOR PRESIDENTE. - Está abierta la sesión.

Dése cuenta de los asuntos entrados.

(Se da de los siguientes:)

"Montevideo, 9 de agosto de 1990.

La Comisión de Hacienda eleva informado el proyecto de ley por el que se otorga a la Inspección General de Hacienda una última prórroga, a fin de poner término a la liquidación administrativa de la entidad patrimonial constituida por CEVI S.A., INHOSA, FONDO DE PARTICIPACIONES S.A. y Alfredo Vidal.

-Repártase.

La Comisión de Constitución y Legislación eleva informados los siguientes proyectos de ley:

por el que se amplía la competencia de los Juzgados Letrados de lo Contencioso Administrativo.

por el que se modifica el artículo 366 del Código Penal (interdicción de afiches).

-Repártanse".

5) EX INTEGRANTE DEL CUERPO SEÑOR ENRIQUE RODRIGUEZ. Homenaje del Senado con motivo de su fallecimiento.

SEÑOR PRESIDENTE. - Señores senadores: El Senado se ha reunido a fin de rendir homenaje al ex integrante del Cuerpo don Enrique Rodríguez.

Tiene la palabra el señor senador Gargano.

SEÑOR GARGANO. - Señor Presidente: nosotros hemos firmado la convocatoria de esta sesión extraordinaria para rendir homenaje a don Enrique Rodríguez.

El señor Enrique Rodríguez, militante obrero, zapatero -así me enseñó a llamarlo mi hermano desde joven- ha fallecido casi al borde de los ochenta años.

Debe hacer exactamente cuarenta años que yo mantenía una relación personal, afectiva y política con don Enrique Rodríguez. Fue un ejemplar humano impar, un producto de las luchas sociales de nuestro tiempo.

Como decía al principio, fue un obrero zapatero, organizador de los trabajadores de la industria del cuero, forjador, en los albores de la década del 40, de la primera Central Sindical que logró agrupar a todos los trabajadores del país por medio de la Unión General de Trabajadores.

Integrante del Partido Comunista, tuvo desde siempre en él una militancia extraordinariamente destacada. Luego de ser electo legislador -y de ser reelecto- continuó con su lucha cotidiana de apoyo al movimiento sindical, que constituye el punto de referencia central de su existencia.

Además, tuvimos ocasión de conocer a don Enrique Rodríguez en otra de sus facetas, es decir, en su aspecto humano, en sus relaciones personales con la gente de su entorno.

Fue así como supimos que aquél tremendo batallador social, aquél orador de verbo encendido, era un luchador político de primer nivel.

Lo recordamos ocupando su banca en este Senado, en los momentos más críticos en que la democracia se debatía frente a la perspectiva del golpe de estado.

A medida que nos acercábamos a él, fuimos descubriendo una veta humana profundamente uruguaya. Fue amante de la música popular. Era un hombre que, al mismo tiempo que sabía combatir durísimamente en caso de ser necesario, era capaz de cantar y de reír con sus semejantes, en forma tal que se convertía en ese ejemplar humano del que hablábamos, y al que tanto admiramos.

Nosotros, los socialistas, tuvimos con don Enrique Rodríguez encuentros y desencuentros. En lo que me es personal, felizmente puedo confesar que tuve más encuentros que desencuentros.

A modo de anécdota, recuerdo que una noche, representando a los trabajadores del gremio judicial y de la función pública, nos encontrábamos don Enrique Rodríguez y quien habla en el ambulatorio del Senado hablando acerca de las posibilidades de conseguir determinadas conquistas. En esos momentos, llegó hasta nosotros el señor Alberto Etchepare, hombre de magnífica talla, dueño de un humor también impar. En esa oportunidad, reconocí en ellos a dos figuras de una trayectoria entrañable para el movimiento popular uruguayo. El señor Alberto Etchepare fue un creador del humor nacional. A pesar de que don Enrique Rodríguez era un hombre tan dedicado a la función política y a la lucha social, ambos combinaban un maravilloso tándem de humor y de gracia ciudadana.

Rindo homenaje a don Enrique Rodríguez en su calidad de obrero, de luchador social, de militante político ejemplar y como hombre de la izquierda uruguaya empeñado en construir su unidad y en forjar para el país una nueva sociedad.

Muchas gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor senador Pereyra.

SEÑOR PEREYRA. - Señor Presidente: tengo el honor de investir la representación de los señores senadores del Partido Nacional para evocar la figura de don Enrique Rodríguez, viejo luchador social, político destacado y compañero de Cámara en dos Legislaturas.

Quisiera comenzar diciendo que si los compañeros nacionalistas no me hubieran dado su representación, de todos modos me hubiera sentido obligado por mi conciencia a pronunciar unas pocas palabras en homenaje a este compañero de tareas, recio luchador y, al mismo tiempo, hombre afectuoso y amigo sincero.

Cuando la muerte llega para llevarse a alguien que compartió tareas con nosotros durante largos años, uno siente que parece cerrarse una etapa de nuestra propia vida: Una etapa de recuerdos especiales, de vivencias, de emociones, de episodios que fueron historia -chica o grande- pero que compartimos con un hombre que se sentaba casi a nuestro lado. No obstante pertenecer a un partido distinto que el nuestro, pudimos apreciar y reconocer que en su espíritu se vibraba al luchador convencido, sincero, aferrado a sus ideas pero no cerrado a oír las de los demás.

Rendimos homenaje, fundamentalmente, al hombre que más allá del enfrentamiento ideológico, a veces duro -porque cuando se enfrascaba en discusiones doctrinarias políticas, era duro en la polémica- siempre era respetuoso de la persona del adversario. Una vez terminada la discusión venía el saludo o la sonrisa fraterna para restablecer el cálido mensaje que lo reencuentra con el amigo, más allá de las diferencias ideológicas.

Quienes conocieron durante largo tiempo a don Enrique Rodríguez supieron por él mismo que comenzó su vida como obrero zapatero, tal cual lo ha señalado el señor senador Gargano. Pero este zapatero no se quedó en su trabajo sino que emprendió la tarea integral de desempeñarse en la función social de servir a la colectividad, de responder al desafío de la vida como un hombre integral, fiel a su conciencia, respetuoso del deber de solidaridad y fervoroso adherente a las ideas que su sensibilidad le indicó como las rectoras de su destino y su lucha.

El no compartir esas ideas o la filosofía política que guió su existencia no puede impedir que rindamos cálido y emocionado homenaje a este hombre que estuvo tan cerca nuestro, aquí en este Senado en aquellas horas tan difíciles que precedieron al golpe de estado, al hombre que encontramos después luchando en la clandestinidad, al hombre que tuvo que irse del país pero que siguió pensando en su "paisito", en la restauración de la normalidad institucional, al hombre que tuvo la suerte de volver a su país para reencontrarse con sus amigos, con su medio, con sus viejos camaradas y con la lucha en su tierra que él amó y que por ella y por sus hijos libró a través de su existencia.

Que a nosotros nos parezca que él no tenía razón en muchos de sus enfoques es algo natural que se da entre adversarios políticos, pero eso no puede impedir que no sintamos que su partida es la de un gran luchador, que honró a la lucha política y que supo cultivar una amistad sincera con sus adversarios. Desde su punto de vista sirvió denodadamente al país, con una profunda y arraigada solidaridad con los trabajadores y, reitero, con la filosofía política que abrazó, con profunda sinceridad. Autodidacta, fue enriqueciendo su espíritu, su conciencia y su bagaje cultural y político a lo largo de su existencia, no pensando en sí mismo sino en los demás. Por eso, por haber sido un hombre que sintió profundamente la solidaridad con los demás, por haber sido un recio e indoblegable luchador, merece el respeto y el homenaje nuestro, del Partido que integramos y de todo el Senado. Sentimos que con la muerte de don Enrique se va un hombre que nos brindó su amistad, con quien compartimos emociones muy especiales

en las horas más duras que vivió este país. En momentos en que don Enrique aún iba a continuar luchando firmemente -porque para esta gente la lucha no termina sino cuando expira su propia vida- en momentos en que seguramente iba a poder ser útil a su causa, la muerte se lo lleva; deja a su Partido y a sus amigos sin un puntal en su lucha y deja a los amigos, que no formamos en su Partido, el recuerdo de una existencia fecunda y provechosa para la República.

Era cuanto quería manifestar.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor senador Cigliuti.

SEÑOR CIGLIUTI. - Señor Presidente: quisiera dar a mi viejo amigo Enrique Rodríguez, en la hora de su tránsito, mi cariñoso adiós de despedida.

Lo conocí en este mismo recinto hace casi un cuarto de siglo e hicimos prontamente sincera y recíprocamente afectuosa amistad. De modo que tuve ocasión de tratar con él, salvo en la época de su obligado exilio, con regular frecuencia, no estando ni él ni yo en el Senado, pero nos encontrábamos para hablar siempre, claro está, de las cosas políticas que afectaban a la vida de la nación.

Le costó mucho hacerse a don Enrique; su vida se hizo primero en el gremio y después en el Partido -o simultáneamente- pero sí con mucha intensidad -yo diría, casi intransigente- con un gran afán de superación, con una absoluta solidaridad con los principios de su Partido. El era un militante de profunda raíz comunista, marxista, leninista, pero en el fondo era también -y así fue puesto de manifiesto en una oportunidad en el Senado, a través de una intervención recordable, memorable- un patriota verdaderamente integral que sentía la peripecia de su país y que sufría con ella.

Estuvo al servicio del Partido Comunista porque pensó que esa era la mejor manera en que podía servir los intereses del país al cual amaba. Tanto en los aciertos como en los errores -que seguramente pudo haber cometido- tanto en la victoria como en la derrota -que de ambas tuvo- él era siempre, imperturbablemente, el intransigente y ceñido militante de sus principios, de tal modo que después, a cierta altura de su vida política, dedicó todo su esfuerzo a la formación, junto con su Partido, de un conglomerado de partidos políticos que se llamó después "Frente Amplio". Estuvo muy cerca del cerno mismo de la nueva coalición de partidos que pasaba a integrar como lo había estado siempre de su propio Partido Comunista. Fue alma del Frente Amplio, como antes lo había sido primero del Frente Izquierda de Liberación en las elecciones anteriores a la formación del Frente Amplio. Siempre buscó el apoyo político dentro de la izquierda. El gustaba de llamarse izquierdista y discutíamos con frecuencia, porque a cierta altura de la vida quién que es político como diría Darío, no es izquierdista; discutíamos las posiciones y los matices de esta situación, de esta convicción ideológica, con el mismo entusiasmo como si estuviéramos discutiendo algún principio fundamental para la vida de la República. El tenía verdadera pasión por los principios de su Partido; era un dialéctico también intransigente. La dialéctica de Marx y de Engels aplicada a los fenómenos concretos y a las cosas materiales para explicar la evolución de la sociedad, lo seducía; y tanto que él, sin descalificar, no encontraba opositor fecundo en aquel que no lo era. La circunstancia de que se tuviera alguna duda con respecto a la forma de la interpretación de la historia, siempre provocaba en él una reacción amable y benévola, pero que en el fondo importaba claramente la puntualización de un disentimiento insalvable.

Ultimamente, ya la edad y el tiempo habían no mellado sus energías, ni tampoco aminorado la profunda certidumbre de su ideal, que él identificaba con una convicción definitiva, como todo buen combatiente político y social, con la verdad, luchando por ella hasta el estoicismo, pero le habían hecho comprender -naturalmente que esto no lo iba a hacer cambiar- ciertos gestos y ciertas actitudes que, en lo arduo de su lucha y de sus controversias, le producían un efecto deprimente. Así fue que pudo entenderse tanto con quienes como él pensaban como con quienes disentía. No se puede decir que a pesar de esas derrotas, de esas incomprensiones y de esas dificultades que tuvo, no haya sido esencialmente -lo dije cuando murió Rodney Arismendi y lo repito hoy cuando muere Enrique Rodríguez- un triunfador. Ellos empezaron, creo que juntos, la lucha en el Partido Comunista, cuando este conglomerado político tenía, desde el punto de vista electoral, poca significación en el país. Pero cuando tienen que bajar la guardia en la última derrota, en la insuperable, en la inevitable, en la definitiva, dejan a su Partido agrandado e integrado a una colectividad más grande aún, pues tiene ahora -naturalmente que estoy hablando desde el punto de vista electoral- un peso político reconocido y así reflejado en la integración del Parlamento nacional.

. No quiero terminar sin decir que Enrique Rodríguez fue un hombre honesto y honrado. Discutíamos muchas veces, hablando de la dialéctica que tanto lo seducía, sobre algunas ideas tanto de Hegel como de Kant que fueron los que iniciaron en la época moderna la modificación de la vieja dialéctica medieval. Recordábamos la frase que siempre repetía Kant: "Si el interés aconseja, la moralidad ordena. Nadie tiene la obligación de ser hábil, pero sí de ser honesto".

Despido a Enrique Rodríguez desde esta banca con profunda pena y digo en su homenaje que si fue buen uruguayo, buen partidario y buen defensor de sus principios, ello se debió esencialmente a que habrá sido sin duda hábil. Era un excelente discutidor; exponía muy bien y con mucha claridad. Había adoptado una forma de exposición que podía discutirse y controvertirse, pero era verdaderamente sólida. Defendía con ardor, pujanza y bríos sus principios porque en el fondo de su vida y de sus convicciones había un hombre honrado.

Rindo mi tributo, al terminar estas palabras, al hombre honesto que fue Enrique Rodríguez. Lamento profundamente su desaparición y hago llegar a su Partido las expresiones de mi

solidaridad frente a este dolor que afecta a toda esa colectividad política.

Nada más, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor senador Batalla.

SEÑOR BATALLA. - Señor Presidente: siempre entendimos que un homenaje nunca es a una muerte, sino a una vida. Un homenaje nunca debe ser a un ausente; siempre es a un presente.

Si alguien muere y muere, sin duda alguna no merece el homenaje de un Cuerpo que representa a la soberanía popular.

En el caso de Enrique Rodríguez, creo que este homenaje que le brinda el Senado es el reconocimiento a una vida. Es natural y lógico que en la medida en que uno avanza en la vida, va valorando de forma diferente lo que constituye el centro de un ser humano. Es posible que uno valore las cosas de una manera a los 20 años y de otra a los 40 o a los 60 años. Si bien todos vamos cambiando en la vida, a medida que avanzamos sentimos que son pocos los valores que merecen afincarse para siempre en una mente y en un corazón, pero los que vamos afincando los colocamos mucho más profundamente en nuestro pensamiento y en nuestra acción.

Creo que Enrique Rodríguez fue uno de esos hombres leales a sí mismo por encima de todo, tal vez de las cosas más difíciles en la vida. Fue un hombre que dijo lo que pensó y siempre actuó en función de lo que pensaba. Pienso que ese es tal vez uno de los méritos más importantes que tiene un hombre en la vida. En estos momentos no importa recordar concordancias o discordancias, cosas en las que uno ha estado de acuerdo o en desacuerdo. Eso poco juega.

Declaro que siento un profundo respeto por aquel ser humano, más allá de lo que defiende y de la sinceridad con que lo hace. Muchas veces uno termina respetando a aquel que siente que es sincero en su expresión. Pero, por encima de todo, uno valora al hombre que en su acción en la vida -con la que uno puede concordar o no- ha estado lleno de amor por lo que hace.

Enrique Rodríguez fue un hombre lleno de amor en su acción, en toda su vida. En los momentos en que estuvo en el ejercicio de la acción política y en aquellos en que episodios dolorosos para todos lo alejaron del país. Recuerdo que en aquel entonces, en que el presente era oscuro, todos nos refugiábamos en el futuro o en el pasado y cuando uno se encontraba con amigos que habían hablado con Enrique Rodríguez fuera del país, en su lugar de exilio, todos señalaban a ese hombre, más uruguayo en Europa que en el Uruguay, profundamente angustiado por su país y extrañando lo que era la vida cotidiana, lo que habían sido sus tantos años de convivencia en este país con su pueblo, porque fue un hombre profundamente consustanciado con él.

Fue un hombre que nació en la acción gremial. Por eso en nuestro origen tal vez tengamos algo en común. Se formó como un trabajador, como zapatero, y con el curso de los años nunca dejó de ser el mismo Enrique. Su acción nunca cambió en momentos en que fue naturalmente un duro contradictor y opositor que defendió con vehemencia sus ideas. Siempre fue el hombre que al final de un discurso tenía una sonrisa para todos. Nunca fue un violento. Es posible que en su concepción íntima -con toda la subjetividad que el juicio siempre tiene- fuera un revolucionario, pero repito que nunca fue un violento. Fue un revolucionario lleno de amor, porque el revolucionario que no tiene amor podrá ser un violento, pero nunca un revolucionario.

Enrique Rodríguez siempre se sintió profundamente consustanciado con su pueblo, vivió con él y para él. Y así, en sus últimos años, en sus últimos momentos, vivió convencido de lo que toda su vida había sido su razón de vivir: su Partido, su pueblo, su país, su gente.

Simplemente quiero decir que creo que el Partido Comunista, el Frente Amplio, el país y, fundamentalmente, el pueblo pierden a uno de sus hombres más valiosos.

Deseo terminar fraternalmente dándole, en su memoria, el abrazo que cordialmente nos dimos la última vez que nos vimos.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor senador Jude.

SEÑOR JUDE. - Señor Presidente: debemos distinguir entre el enfrentamiento personal y el de la lucha por las ideas.

Fuimos compañeros en el Senado de don Enrique Rodríguez y, antes de ser legislador, concurrimos -no recuerdo a qué Cámara, pero sí que yo era secretario de la Confederación Granjera- a una reunión con motivo de una huelga de los peones de quintas. En esa ocasión nos tocó enfrentar duramente al legislador Enrique Rodríguez. Fue bastante desagradable y recuerdo los términos en que yo defendía a los productores, y él a los obreros. Yo trataba de mostrar la angustia que tenían los productores, muchos de los cuales tenían entradas similares a las de los peones. Después fuimos compañeros en el Senado y aprendí a conocer el linaje de Enrique Rodríguez.

Era un hombre leal a sus ideas; era un obrero él mismo; era un hombre puro, auténtico, sincero, indoblegable; un hombre cuya intransigencia surgía de sus propias convicciones.

Debemos decir que con Enrique Rodríguez tuvimos otros enfrentamientos, detrás de los cuales ha quedado el respeto de la persona, el valor moral y personal de quienes, de alguna manera, representamos distintas causas.

Por lo tanto, con toda lealtad, a la hora de su muerte nos adherimos a la congoja de quienes lo lloran, al homenaje en

memoria de su muerte y al recuerdo de una gesta de la que el Parlamento tiene testimonios que permiten decir que el señor senador Rodríguez, representante del Partido Comunista, fue un digno representante de dicha fracción política y que le honramos en nombre del Partido Colorado.

Es lo que quería manifestar, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor senador Astori.

SEÑOR ASTORI. - Queremos señalar lo que Enrique Rodríguez ha sido, es hoy en la hora de su desaparición física y seguramente habrá de seguir siendo en ese futuro que a partir de hoy se abre con respecto a su figura, lo que no vacilamos en calificar como un punto de referencia fundamental. Uno de esos puntos de referencia fundamentales que todo ser humano quiere tener, sobre todo y en instancias históricas en que la confusión suele invadir nuestros sentimientos, nuestras actitudes. Quiero señalar de manera especial que me importa particularmente estar presente en este homenaje que le está rindiendo la Cámara de Senadores en mi condición de frenteamplista, en mi condición -y permítaseme señalarlo- de frenteamplista independiente, que sin pertenecer a ninguno de los sectores que integran dicha coalición, se siente absolutamente integrado a todos ellos. Repito que lo quiero señalar así, particularmente, en este momento, porque deseo destacar la importancia fundamental que Enrique Rodríguez tuvo para la formación y posterior desarrollo del Frente Amplio. La gravitación inequívoca, permanente, continua que tuvo aquí en el Uruguay, desde los diversos ámbitos en que le tocó actuar y también en el exilio que sufrió obligadamente, y que desarrolló siempre al servicio de esta experiencia política con la que me encuentro absolutamente consustanciado.

Sin embargo, quisiera señalar, quizás todavía con más énfasis, con más fuerza, con toda la elocuencia a la que pueda apelar en estos momentos, que me importa sobre manera rendirle homenaje como uruguayo, como uruguayo que siente el conjunto muy selecto pero muy fuerte de valores superiores -de esos valores que con rigurosidad todos podemos calificar de superiores, porque están por encima de peripecias político-partidarias, porque están por encima de concepciones más o menos concretas que nos puedan dividir- que representó siempre, en nuestro país, la presencia de Enrique Rodríguez. Son valores superiores, no sólo porque se encuentran jerárquicamente por encima de esas fronteras a las que recién aludíamos, sino también porque son de esas cosas que no se marchitan, ni envejecen con el tiempo. Me estoy refiriendo a conceptos cómo la libertad, la justicia, la convivencia democrática y la identidad nacional.

En esta hora, como uruguayo, yo quisiera que al recordar el paso de Enrique Rodríguez por la vida y su presencia futura acompañándonos en nuestro camino por esta tierra, pensáramos en la fuerza de esos valores que son los puentes que, estemos donde estemos, nos unen a estos compatriotas que como Enrique supieron representarlos con tanta integralidad, con tanta lealtad, con tan irrestricto compromiso a lo largo de su vida. Seguramente, la posibilidad de que todos sigamos adheridos y dando testimonio de nuestro compromiso con estos valores es, al mismo tiempo, la posibilidad de que quienes continuamos viviendo en esta tierra, hagamos vivir junto a nosotros a figuras como la de Enrique Rodríguez.

Muchas gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE. -Tiene la palabra el señor senador Jaime Pérez.

SEÑOR PEREZ. - Señor Presidente: deseo agradecer profundamente a los señores senadores Gargano, Pereyra, Cigliuti, Batalla, Jude, Astori, al Senado en general, al compañero Presidente del Frente Amplio que contempla este homenaje desde un lugar destacado, a los señores representantes que rodean este recinto por participar en este homenaje tan sincero, elocuente, sentido y que, repito, agradezco muy profundamente en nombre de nuestro Partido. A medida que los señores senadores hablaban, vino a mi memoria una gran novela de Roa Bastos, que leí cuando estaba preso y cuyo título es "Hijo de Hombres". Allí, uno de los protagonistas, conversando sobre la muerte de un destacado dirigente sindical paraguayo decía que el hombre tiene dos vidas. Una de ellas es su pasaje por la tierra, su vida física, intelectual, sus amores, etcétera y, después de muerto si ha tenido una vida útil para la sociedad, sigue viviendo en el recuerdo de sus semejantes.

Las menciones que en forma tan sentida han hecho los diversos señores senadores prueban, sin duda, que lo que escribía Roa Bastos, se puede trasladar al compañero Enrique Rodríguez.

En esta hora un poco compleja y en cierto modo tensa de la política, quiero agregar que esto me parece una cosa buena para el Senado. Si el compañero Enrique Rodríguez pudiera percibirlo, se sentiría contento, no por él, sino porque ello implica un reflejo de la cultura política, que a pesar de todas las pasiones, contradicciones y diferencias, en ningún caso debemos perder. Tal como aquí se ha dicho con razón, el propio compañero Enrique Rodríguez -que podía, a veces, ser muy enérgico y hasta cáustico, mordaz- siempre hacía gala de un amor y un espíritu tal, que al término de cada altercado parlamentario, automáticamente generaba los elementos de acercamiento que lo convertían, realmente, en una persona muy querida.

Para nosotros directamente, es decir, para nuestro Partido, este es un golpe muy duro. Faltaba apenas un mes para que él cumpliera 80 años, y dos meses para la realización de nuestro 22° Congreso, donde jugaba un papel destacadísimo en el proceso de renovación del Partido.

A pesar de los esfuerzos denodados de los médicos, no se pudo impedir su desaparición física.

Tal vez a quienes no lo conocieron personalmente les resulte extraño que un proceso de renovación sea impulsado por

una persona de casi 80 años, pero eso no llama la atención a quienes lo conocimos.

En general, lo lógico es que el hombre, a medida que van pasando los años y, en fin, por razones de la vida, tiende a conservar. Es mucho más natural que un joven o un adolescente sienta la necesidad de cambiar todo lo que conoce o está cerca de él; más difícil de ver es que alguien, durante el transcurso de los años, mantenga un espíritu de esa clase. Sin embargo, en el compañero Enrique Rodríguez, esa fue una constante durante toda su vida. Por tanto, es cierto lo que aquí se ha dicho en el sentido de que el suyo es uno de los casos más claros de una persona que se mantiene fiel a sí misma, no sólo en la defensa de sus convicciones, sino también en el mantenimiento de una curiosidad intrínseca, en la búsqueda permanente de la superación, en el esfuerzo destacadísimo por aproximarse cada vez más a la verdad, pero no con un sentido egoísta, sino tratando de resarcirlo en beneficio de los trabajadores y de la sociedad.

En 1931 se incorporó a nuestro Partido. De profesión zapatero, como aquí se ha dicho, reivindicó siempre el orgullo de su condición de trabajador manual. Con el correr del tiempo y las luchas sociales y políticas, fue adquiriendo una importante cultura, puesta siempre al servicio de los trabajadores.

En la década del 30 estuvo vinculado a la lucha contra la dictadura; a la defensa de la República Española. Además, participó muy activamente en la lucha y en la solidaridad contra el nazismo y al igual que lo hicieron decenas de miles de trabajadores uruguayos, realizó horas extras en los llamados "Talleres de la Victoria" -me refiero a los años 1940 a 1945- afirmando de esta manera una educación democrática que ya venía de antes, pero más afirmativa y libertaria por parte de los trabajadores.

Entre 1941 y 1942 fue fundador de la Unión General de Trabajadores, organización sindical que en aquel momento representaba la unidad obrera. En esa ocasión fue honrado con el cargo de Secretario General. Posteriormente, contribuyó a la formación de la central sindical latinoamericana, CTAL. En 1945 fue fundador, junto con otros en el mundo, de la Federación Sindical Mundial.

Sin duda, Enrique Rodríguez ha sido uno de los grandes. uno de los más grandes luchadores sociales que ha tenido la República.

Estuvo 59 años ininterrumpidos en la militancia de nuestro Partido, en la defensa intransigente de los trabajadores, del pueblo y de las libertades democráticas.

En 1936 fue electo miembro del Comité Central de nuestro Partido. En 1949, época de estrechez ideológica y política de nuestro Partido que nos tocó vivir, Enrique Rodríguez se vio injustamente desplazado de la Dirección del Movimiento y pasó a desempeñarse como Secretario de una seccional del Partido Comunista. Lo hizo sin una pausa, sin pensar, en ningún momento, que ello pudiera implicar una sanción. Se trataba de una época difícil, ya que también por ese tiempo, otros buenos compañeros fueron injustamente expulsados del Partido, como Héctor Rodríguez, Antonio Richero y otros. Sin pensar en su suerte personal, Enrique Rodríguez se mantuvo firme en las posiciones del Partido. En 1955, en ocasión del 16º Congreso, pasó merecidamente a integrar el Secretariado del Comité Ejecutivo del Partido Comunista, jugando un papel preponderante, junto con otros compañeros que, dirigidos por Arismendi, comenzaron la primera etapa de su necesaria renovación.

Como hemos dicho, Enrique Rodríguez fue un compañero que militó ininterrumpidamente durante 59 años, siempre con un sentido profundamente humano, cariñoso para con sus colegas, preocupado por los problemas de la gente, curioso y vitalmente interesado por la suerte de los seres humanos.

Integró el núcleo fundacional del Frente Izquierda de Liberación y luego del Frente Amplio, en aquel histórico 5 de febrero de 1971. Actuó con gran eficacia, como diputado a partir de 1946 y como senador de la República desde 1962 hasta el golpe de estado del 27 de junio de 1973.

Quiero agregar aquí expresamente -porque así me lo han solicitado- que veteranos funcionarios del Senado me pidieron que en mis palabras testimonie la solidaridad y el dolor que ellos también sienten en este momento, así como la simpatía que profesaban al compañero Enrique Rodríguez.

Durante su exilio -al que se vio obligado por la dictadura- fue un destacado activista de la lucha solidaria con nuestro pueblo en las conferencias parlamentarias internacionales, tomando parte en las denuncias de los crímenes de la dictadura y participando en las diferentes instancias de expresión de los exiliados uruguayos en Europa junto con otros compañeros del Frente Amplio y de otras colectividades políticas de la República. Desde las ondas cortas de Radio Praga y Radio Berlín Internacional, fue una voz importante para la información y el estímulo a la resistencia contra la dictadura.

Retornó a nuestro país en octubre de 1984. Fue objeto de una multitudinaria recepción popular, acontecimiento que constituyó una de las grandes jornadas de recuperación democrática del Uruguay.

El compañero Enrique Rodríguez es recordado por amplios sectores y por el mundo político uruguayo también por sus excepcionales dotes de orador y por sus destacadas actuaciones durante décadas en las emisiones radiales de CX 30, que retomó a su regreso al país y que sólo se vieron interrumpidas hace pocos días por su grave enfermedad.

Adoptó una clara actitud en cuanto a dejar paso a las nuevas generaciones del Partido, pero siguió desempeñando hasta su muerte un relevante papel en el Comité Central, presidiendo la Comisión Preparatoria del Congreso para el rein-

greso de la totalidad de los afiliados al Partido. Fue uno de los principales animadores del debate actual con sus artículos y conferencias en múltiples encuentros mantenidos por las Seccionales, Agrupaciones Departamentales e incluso en casas de familias, en las que expresaba permanentemente un pensamiento abierto, renovador y pleno de confianza en las ideas del socialismo, a las que había dedicado toda su vida. Entre sus múltiples aportes cabe destacar dos libros dedicados fundamentalmente a una reconstrucción histórica de la experiencia del movimiento obrero uruguayo: "Uruguay, raíces de la madurez del movimiento obrero" y "Un movimiento obrero maduro".

Es imposible separar, en el esbozo de su vida, el enorme papel que jugó en la organización obrera y el aporte que realizó a nuestro Partido, al Frente Amplio y a la izquierda, tanto en lo nacional como en lo internacional, de lo que fue en esencia el compañero Enrique Rodríguez.

Siempre estuvo pleno de vitalidad y frescura. Ese fue un rasgo distintivo en él. La muerte de Enrique nos duele profundamente; era para nosotros un hermano querido. Pero dentro de la gran pena que sentimos hay algo que nos reconforta: él murió como seguramente hubiera querido hacerlo, con sus 80 jóvenes años, jugando un papel renovador y polémico, dando lo mejor de su vasta experiencia en los debates acerca de nuestro 22º Congreso, con el alma fresca y sensible a los nuevos vientos que soplan en el mundo, con los ojos y la mente abiertos a las nuevas realidades y con sus convicciones e ideales intactos.

En su juventud más temprana tuvo múltiples actividades. Integró un grupo teatral filodramático formado, entre otros, por el gran actor Alberto Candeau y por el famoso cantante de tango, Carlitos Roldán. Es sabido que Enrique Rodríguez tenía un registro de voz excepcional, amén de las ideas que expresaba con su oratoria; le gustaba enormemente cantar, sobre todo los tangos. Es bueno decir que cuando mencionábamos la calidad de su voz, él siempre recordaba con cariño que había aprendido a utilizarla en el coro de la Parroquia de la Aguada, en la cual había sido monaguillo.

Desde esta banca, queremos hacer llegar a su compañera, Jebele Sand, a su hermano, a sus sobrinos y demás familiares, nuestra más plena solidaridad en estos difíciles momentos.

Nada más. Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE. - Si no se hace uso de la palabra, se va a votar la moción formulada por los señores senadores Gargano y Astori a efectos de que el Senado y la Barra se pongan de pie en homenaje a la memoria del ex senador Enrique Rodríguez y de que se envíe a sus familiares y al Partido Comunista la versión taquigráfica de las palabras pronunciadas en Sala.

(Se vota:)

-25 en 25. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

Se invita al Senado y a la Barra a ponerse de pie en homenaje al extinto.

(Así se hace)

6) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE. - No habiendo otros asuntos en el orden del día, se levanta la sesión.

(Así se hace, a la hora 17 y 58 minutos, presidiendo el doctor **Aguirre Ramírez** y estando presentes los señores senadores **Abreu, Arana, Araújo, Astori, Batalla, Blanco, Bouza, Brause, Bruera, Cadenas Boix, Cassina, Cigliuti, de Posadas Montero, Gargano, Jude, Korzeniak, Pereyra, Pérez, Raffo, Ricaldoni, Santoro, Silveira Zavala, Singlet** y **Zumarán**).

DR. GONZALO AGUIRRE RAMIREZ
Presidente

Dr. Juan Harán Urioste
Secretario
Dn. Dardo Ortiz Alonso
Pro Secretario

Dn. Jorge Peluffo Etchebarne
Director del Cuerpo de Taquígrafos

Depósito Legal 205.147/90